

LA VOZ DE LA CARIDAD.



NUM. 47.—15 de Febrero de 1872.

*Dios es caridad. (San Juan
Epíst. I, 4, 8.)*

REY DE LOS MARTIRES.—REINA DE LOS DOLORES.—MADRE DE MISERICORDIA.



Cuando se estudia la humanidad, y se analizan con prolija y serena atención su vida, sus tropiezos, sus caídas, sus dolores, vuélvese la mirada por instinto al cielo, y se exclama: «O Dios, solo tú la puedes regir y salvar.» Y cuando la humanidad, en todos los pueblos, en todas las regiones, en todos los siglos, se ha visto cercada de peligros y tribulaciones entre los escollos de su trabajoso camino, también por instinto ha vuelto siempre su mirada al cielo, exclamando: «O Dios, solo tú puedes regirnos y salvarnos.» Este eco de la humanidad, y ese eco del filósofo que la contempla, son unísonos; se confirman y robustecen.

Mas Dios rige y salva de continuo á la humanidad por su sábia ley moral, de que en mal hora son ciegos y desatentados transgresores los mismos hombres, abusando de la libertad de su arbitrio, congénita con su razón por sublimes designios, que los obligan y enaltecen. Dios salva y rige á la humanidad, y la eleva á sus inmortales destinos, por su religión verdadera, pacto de alianza con el hombre, que encerrando en sí toda la moral, y consagrándola y purificándola para que sea la moral sublime de los perfectos, deja al humano espíritu seguro y afianzado contra los vientos de dolores, contra el huracán y la tormenta de las pasiones desencadenadas y de las terrenales desolaciones.

¡Había sufrido tanto la humanidad! ¡Quedábale todavía tanto que sufrir! Varones de dolores tuvo por modelo en lo antiguo, para dar temple severo á su espíritu, y dar á su voluntad, serena sumisión á la ley divina. Job lo fué. Abraham é Isaac lo fueron. Lo fue asimismo Jacob, despues llamado Israel.

Mas todas esas nobles figuras se anublan y desaparecen ante el Rey de los mártires, modelo supremo de la suprema dignidad en todos los dolores; ante el Hombre-Dios, cuyo ejemplo en sí encierra

con tremendo exceso, cuantas penas en vida y muerte pudiera concebir la imaginacion de los hombres.

¿Qué pudieran hallar estos en su peregrinacion trabajosa?..... ¿Las persecuciones?..... ¿El odio?..... ¿La ignorancia?..... ¿La pobreza?..... ¿Las injusticias?..... ¿Las mas penosas privaciones?..... ¿Los golpes de airado tumulto?..... ¿La ingratitude mas horrenda?..... ¿El suplicio mas terrible?..... ¿La agonía mas lenta y espantosa?..... ¿Y en todo este singular martirio la sombra de la soledad y el desamparo?..... Pues todo esto sufrió y gustó en su cáliz sin igual de amargura el Hombre-Dios, para ejemplo y redencion de todos los hombres. Al verdadero cristiano que ame y estudie su modelo, ¿qué podrá ya espantarle?

Al lado de este ejemplar divino, preséntanos una religion profundísima, que vino del cielo á abrazar á la humanidad entera, otro divino modelo de la compasion y la ternura, la *Reina de los dolores*, la *Madre de misericordia*, concedora de todas las angustias, porque habian pasado acrecentadas como olas de borrasca por su triste corazon. El corazon de Madre de Dios traspasado por todos los dolores, la ternura de Madre de los hombres intercediendo para el consuelo de todas las tribulaciones, acaba de ofrecer el cuadro sublime, inefable, de caridad celestial, que en sus entrañas atesora la religion católica, para ejemplo, esperanza y elevacion de todos los humanos corazones.

Reina y Madre de misericordia, llaman los labios cristianos á la Virgen María; *vida, dulzura y esperanza nuestra*, vuelven á llamarla; *clemente, piadosa*, añaden; *despues de este destierro muéstranos á tu Hijo Jesus*, y alcánzanos *sus promesas*. Esta idea típica y ejemplar de la maternal ternura, el Cristianismo la conserva para aliento y consuelo de los hombres, hasta llegar al confín de la misericordia en el ingreso mismo del reino de la justicia. ¿Quereis verlo?.... Existe en el palacio del Vaticano, centro de la Iglesia católica, la famosa capilla, apellidada Sixtina del nombre del Papa su fundador. El genio inmortal de Miguel Angel dejó allí estampada su huella: para asombro de las edades pintó en un inmenso cuadro, sobre el muro, su incomparable *Juicio final*. Colosal concepcion de aquel hombre extraordinario, dedicada á la grandeza de la religion católica, atesora la magnificencia de espléndida composicion, el caudal del mas rico y vigoroso dibujo, la entonacion del mas valiente y majestuoso colorido, y la mas sublime y profunda expresion del pensamiento que en sí encierra su gigantesco asunto. Entre singulares dificultades que el artista se propuso vencer, y venció, hay una suprema, que es la siguiente: Jesucristo, el Juez supremo, pintado en el centro superior

del cuadro con toda la majestad y hermosura de un hombre divino, deja ya de ser allí el Dios de misericordia: es el Dios de justicia, y de justicia tremenda. Su rostro y su ademán admirables, dirigidos á su siniestra mano, están lanzando la terrible sentencia de condenacion á los contumaces réprobos que no dieron pan al *hambriento*, ni de beber al *sediento*, ni vestido al *desnudo*, ni consuelo al *afligido*. Los míseros sentenciados caen hácia los abismos en el mismo instante, con la mas admirable y variada forma de complicados contornos y originalísimos escorzos. A la diestra vuelan hácia la gloria, en ideales actitudes de éxtasis y arrobamiento, legiones de escojidos, acaudillados por bellos y delicados ángeles en el luminoso ambiente. Tambien á la diestra hállase llena de inefable majestad y dulzura la Virgen piadosa, la Madre de Dios. ¿Cómo presentarla en aquel supremo instante?..... ¿Qué hará la misericordia ante la ya irrevocable justicia?..... Al realizarse aquel tremendo castigo, penoso fruto de la impenitente soberbia, aparta el rostro con indecible ternura y grande dignidad, no exenta de tristeza, para no contemplar la caida de los *malditos del Padre celestial*, y ver tan solo el vuelo de arrobamiento de los ángeles y los elegidos..... ¡Maestría insuperable del egregio pintor! ¡Sublime idea de la misericordia y la caridad, mantenida por los intérpretes mas inspirados de la religion hasta en los umbrales mismos de la eterna justicia!

¡Qué filosofía la filosofía de la religion católica! ¡Qué consuelos tan profundos los consuelos que da Dios á los hombres, siempre que estos quieren comprenderlos y aceptarlos!..... La ciencia humana no dió á los humanos dolores mas remedio que la desesperada inmolacion de las índicas creencias; la orgullosa impasibilidad del estoicismo; el recuerdo refinado de los pasados goces, del epicureismo; la insensata é imposible indiferencia del escepticismo; la loca rebeldía y falsa frialdad del árido racionalismo. Mas en cambio, la religion cristiana da á los hombres de todas clases y en todos los dolores, para ejemplo, consuelo, resignacion, elevacion de espíritu y sublime fortaleza:

Un Dios-Hombre, Rey de los mártires.

Una Reina de los dolores.

Una Madre de misericordia.

Aun cuando los aflijidos no reciban el consuelo y la ayuda que esa religion prescribe que dé el hermano al hermano, búscanlo siempre, y lo encuentran, en los eternos modelos que *pasaron por la tierra haciendo bien*, y que á toda hora llaman todavía á los tristes á su reino inmortal, con suavísimas voces de amor incomparable.

Carlos Maria Perier.

CONFIDENCIAS DE UN PRESO.



En diferentes artículos de LA VOZ DE LA CARIDAD hemos tratado teóricamente las cuestiones del sistema penal, especialmente con relación al interés humanitario, expiatorio y moralizador de los que sufren la reclusión. Útil nos parece, para robustecer esas teorías, traducirlas en hechos prácticos que, presentando la situación del preso en todos sus verdaderos detalles, puedan servir de grito elocuente, que Dios quiera llegue á oídos de los que tienen el poder de remediar males tan dolorosos.

Para ello echamos mano de una correspondencia, cuyo origen poco importa conocer, seguida por un preso con su hermano, en la cual describe con frases conmovedoras lo que pasa en el interior, de la cárcel primero y del presidio después.

Si en esos sufrimientos viésemos solo los efectos naturales de la pena impuesta, nada diríamos, porque el presidio es un castigo, y allí se va á sufrirlo, y no á regalarse con goces propios de la sociedad de las personas libres y honradas. Lamentarse de esto y pretender otra cosa, sería una filantropía indiscreta y perjudicial.

Pero en estas cartas, si bien se ven las impresiones dolorosas y naturales del castigo, que también es útil publicar para escarmiento de todos, hay otros tormentos, otros dolores, independientes de la esencia de la pena, que proceden del atraso abusivo en que estamos respecto al sistema de reclusión penal.

Julian es un criminal, porque cometió un crimen, que no niega; pero criminal por efecto de un momento de extravío, no malvado, endurecido, cínico y descreído como otros lo son. Hay en él claras nociones de la ley infringida y de la moral olvidada; hay un corazón lacerado y sensible, pero no pervertido, lo cual le hace padecer más en todos los detalles de su vida de encarcelado.

La historia de su delincuencia es bien sencilla; todos los días vemos otras iguales. Joven de 24 años, ardiente, arrebatado, bueno cuando reflexiona con calma, temible cuando la pasión le ofusca, tiene una vida y una profesión modestas, como lo es la situación de su honradísima familia. Perdió á su madre en la infancia: su padre, quizás en demasía severo, no supo templar con la dulzura y el cariño propio de una madre, aquel temperamento irascible. Un día tuvo cierta disputa acalorada sobre asuntos políticos con un conocido suyo. Imprudente este hasta la temeridad, le dijo frases que Julian tomó como groseros insultos; la sangre se le agolpó á la cabeza; y perdi-

da momentáneamente la razon, la mala costumbre de llevar un revolver le ofreció la ocasion de cometer un crimen, quizás sin voluntad de ser criminal. Su amigo cayó moribundo á sus pies. Aterrado al verlo, no tuvo ni aliento para huir; se dejó prender, se le condujo á la cárcel y se le formó una causa, de resultado incierto y pavoroso.

En tal situacion escribe á su hermano Rafael, joven pundonoroso y honrado, las cartas que vamos á presentar á nuestros lectores, por si en ellas encuentran alguna útil enseñaanza, y algo que escite la compasion hácia esa clase de pobres, los presos, para los cuales, como infelices en alto grado, no es indiferente LA VOZ DE LA CARIDAD.

Antonio Guerola.

Carta primera.

Hermano mio, Rafael querido: Quince dias hace que estoy en esta cárcel: hasta ayer no me han puesto en comunicacion. Hoy es, pues, la primera vez que puedo escribirte, y voy á hacerlo, porque ya que la distancia impide que vengas á verme, necesito dar en esta forma un desahogo á mi horrible situacion. Mis pensamientos y mis sensaciones, todas dolorosas y aflijiéndome en diversos sentidos, me abruman de tal manera, que concibo la posibilidad de volverme loco, si no diera ensanche á mi oprimido corazon, derramando en el seno del tuyo fraternal y bondadoso la amargura que me devora.

Tienes un hermano criminal, cuya vida va á debatirse entre un abogado celoso y un fiscal severo. ¡Quién nos lo hubiera dicho hace ocho años, cuando entrábamos en la primera juventud, con plétora de vida y de corazon; con ánsia de saber, de querer y de gozar! La norma de nuestra vida la teníamos en el ejemplo grave, religioso y austero de nuestro escelente padre: tú has seguido esa norma y ese ejemplo; tú eres un hombre honrado, que pasas tranquilamente tu vida, rodeado del aprecio y consideracion de todos. Yo, por el contrario, soy un criminal; he dado muerte por fútiles motivos á un semejante mio, casi á un amigo: hoy soy un preso; tal vez mañana seré un agonizante en la capilla que precede al patíbulo; y si salgo bien del proceso, seré, tal vez por toda mi vida..... un presidiario.

Llegar á este último grado de desventura y de miseria moral, como resultado de una niñez abandonada, de una adolescencia viciosa y de una juventud entregada sin freno á pasiones culpables, sería lógico, y deberia ser menos doloroso, porque la perversidad seca las fuentes del sentimiento.

Pero haber vivido 24 años con una conducta regular, y en un momento de arrebatado perder la noción de todo deber, tomar consejo de la ira y castigar con un golpe mortal ofensas de palabra, que quizás merecían solo desprecio....., ¡oh! esto es horrible. Yo, que examino mis antecedentes honrados, lejos de ver en ellos la circunstancia atenuante que mi defensor piensa utilizar, los considero como principales acusadores de mi crimen. Si mis jueces oyesen lo que me dice mi conciencia, de seguro me condenarían. Ella me grita y me recuerda que yo tenía más medios que otros infelices para reflexionar y sujetar mis pasiones; que la cólera, que me perdió, pudo sugerir un atentado á personas brutales, pero en mí debió embostarse ante las más triviales nociones de la religión, de la sensatez y del deber. Soy, pues, un asesino más culpable que otros, por lo mismo que no estaba llamado á serlo, y que todo debía alejarme de llegar á reproducir el crimen de Cain.

¡Oh! Ya que yo estoy perdido, quisiera que mi ejemplo sirviera de escarmiento á todo el mundo, especialmente á esa juventud irreflexiva, arrebatada, que pierde la claridad de la razón y obra con la insensatez de la demencia, en cuanto cree recibir ofensas que no estudia, que no califica, y que se lanza airada á castigar en el momento, constituyéndose en juez parcial y en verdugo desapiadado.

Pero esto son ya tristísimos ayes de una desventura sin remedio. Lo que pasó no puede dejar de haber sucedido. Yo he muerto á un hombre sin querer matarle; hoy daría mi sangre por volverle á la vida. No solo no le tengo odio, sino que guardando todo el rencor contra mi propia mano homicida, reservo para mi víctima las lágrimas de la ternura, de la desesperación y del arrepentimiento más sincero y desgarrador.

¡Y nuestro buen padre!..... Me lo represento sumido en el dolor más terrible, porque la desgracia que le abrumba es superior á la energía de su carácter. Está enfermo, postrado; quizás desee la muerte para no ver á su hijo en el patíbulo ó en el presidio. Sé tú su consuelo, hermano mío; haz esfuerzos supremos de ternura, de abnegación y de cuidado para calmar su pena. Yo no me atrevo á escribirle todavía; dile tú de mi parte lo que tu buen corazón te sugiera; dile que estoy arrepentido; dile que Dios me asiste; dile que el abogado me da esperanzas de buen éxito; dile hasta que estoy bien aquí, si esto puede servirle de consuelo.

¡Bien aquí!..... ¡Oh! Será una piadosa é inocente mentira, que Dios perdonará en gracia del objeto; porque si tú supieras cuál es mi vida en esta cárcel, qué es lo que pasa por mí y lo que me rodea!.....

¡Oh! hermano mio, te lo diré y te asombrarás. Hoy me falta tiempo y valor. Otro dia.

Te abraza tu desventurado hermano. = *Julian.*

LA CUESTION SOCIAL.



CARTAS Á UN OBRERO.

Carta diez y ocho.

Apreciable Juan: Continuemos tratando de los medios de disminuir la explotacion y aumentar el salario. Hemos visto que, á medida que las clases obreras se elevan en moralidad é inteligencia, inspiran á las clases elevadas mas simpatía, mas respeto, y en caso necesario mas temor; y que el deseo y la posibilidad de hacerlas mal, de esplotarlas, disminuye en la misma proporcion. Fíjate bien en esto de el *deseo*, porque la gran cuestion es rectificar las voluntades. Mientras *ocurre* cometer un abuso, el abuso se comete unas veces y se intenta otras; basta intentarlo para producir una gran perturbacion. La sociedad no es posible sino porque la inmensa mayoría de las personas respetan mútuamente sus derechos, y no se insultan, se despojan ó se hieren. Si solo por la fuerza se hiciera valer el derecho, su realizacion sería imposible, porque al lado de cada hombre, sería necesario un soldado para que no atentase contra los otros. Hay una minoría que necesita ser reducida por la fuerza; estos se llaman criminales: el resto tiene el freno moral, la rectitud de la voluntad. La justicia se respira, como el aire, sin apercibirse de ello.

Conforme á lo ajustado, te dan tu jornal; los dias que has trabajado te pagan; si tomas fiado en la tienda, ni lo niegas, ni te exigen el pago de lo que no has sacado; no necesitas llamar testigos al hacer el pago del casero, para que anote en el recibo lo que le das; si te lavan la ropa, no te dan ningun documento que acredite que es tuya, ni tú le entregas tampoco si eres lavandero; ni piensas en despojar á los otros de lo que les pertenece, ni te despojan á ti; ni hieres, ni eres herido. En las relaciones sociales hay cierto grado de equidad y benevolencia que no notas, y sin el cual serian imposibles, y la moralidad tiene mas parte en el órden que la fuerza. Desde el momento en que la ley no tiene mas que el apoyo material, y que no está en la conciencia, se infringe por muchos que no creen cometer un delito. En todos los fenómenos sociales los hechos son la consecuencia de las ideas y de los sentimientos.

En el hecho de lo reducido de tu salario influyen muchas causas; es uno de los mas complejos que pueden estudiarse, pero no se sustrae á la influencia de las ideas y de los sentimientos. No dudo que hará sonreír á ciertos labios la modificación del salario por el sentimiento, pero si la cosa es positiva, aunque se tome á burla influirá de veras. Al fijar la cantidad del salario, si no por todo, entra por algo la *idea* de las necesidades del trabajador; y la prueba es, que donde los mantenimientos están muy caros, los jornales no suelen estar baratos, y en igualdad de todas las demás circunstancias, se paga mejor al obrero de la ciudad que al del campo, que puede vivir con mas economía. Por mucha que sea la concurrencia, á un jornalero no se le fijarán por jornal dos cuartos diarios, porque con esta cantidad se sabe que no puede comprar la cantidad necesaria de alimento para trabajar, ni aun para sostenerse en pié. El *minimum necesario* del que hace la obra, depende de la calidad del obrero que se emplea. Si es un animal, el pienso; si es un esclavo, poco mas; si es un hombre libre, tiene mas necesidades, que son mayores á medida que se eleva en dignidad y consideracion. De una máquina que necesita descanso, se convierte en sér racional y moral; tiene familia, deberes de hijo y de padre, deberes de ciudadano; necesidad, no solo de alimento, sino de vestido, de cama, de albergue, y de cierta decencia, sin la cual no es posible su dignidad de hombre. La idea que el operario tiene de esta dignidad, y la que tiene el que le emplea, influyen en el modo de pagarle, y esta idea viene en parte del sentimiento. Cuando no se desprecia al obrero; cuando se reconoce en él á una criatura racional, digna, capaz de nobles y generosos impulsos; cuando se le mira como miembro de una misma familia, como un hermano que ha tenido al parecer menos fortuna que nosotros, inspira simpatía, compasion y respeto: no se le puede condenar á vivir como los animales que encuentran escasopasto; el sentimiento modifica la opinion ó la forma, penetra en las instituciones y en la organizacion económica, y el *mínimum* considerado necesario del obrero sube, á medida que sube el aprecio que merece é inspira.

En Inglaterra, por ejemplo, cuando estaba prohibida la entrada de granos hasta que tenían un precio subidísimo, si á él llegaban, la desproporción del precio de los jornales con el de los mantenimientos era grande y el hambre espantosa. Por dura que fuese la aristocracia, al cabo era civilizada y cristiana, y la contribucion de pobres era un verdadero suplemento de salario, dado de la peor manera posible, pero dado en fin, en virtud del principio de un *mínimum* necesario de retribucion para el obrero. En los socorros de la parroquia, á que todo pobre tenia derecho, entraba el té y el azú-

car: estos artículos, que en otros países son de lujo, eran allí tenidos por de primera necesidad, y esta opinion estaba formada por ideas y sentimientos, como todas las opiniones, porque no hay cosa menos razonable, que suponer que el hombre se guia por razon y nada mas que por ella. Las dos cosas mas grandes que hay, la caridad y la justicia, se sienten por lo menos tanto como se razonan.

Con el trabajo de las mujeres, en general, sucede algo parecido á lo que acontecia á los obreros ingleses en tiempo de carestía; no se paga lo suficiente para que viva el trabajador. Es efecto esto de muchas causas, pero no hay duda que una de ellas es la idea de la inferioridad de la mujer y de sus menores necesidades. La mujer apenas ha tenido hasta aquí personalidad social; se la consideraba como menor, recibiendo direccion y apoyo de su padre, de su marido, de su hijo ó de su hermano que la sostenian. La que tiene derecho á una pension como huérfana, la disfruta, no hasta la mayor edad como los varones, sino toda la vida, á menos que se case, y tenga ya quien le proporcione el sustento que ella se supone incapaz de ganar. Ya se sabe que el trabajo de la mujer, por regla general, es un auxilio para la casa, pero no puede sostenerla; y cuando no hay otro recurso, la caridad y la beneficencia tienen que dar un suplemento, si la miseria no ha de cebarse en las pobres víctimas de un deplorable error. La corta retribucion del trabajo de la mujer reconoce, entre otras causas, el desden que ella inspira y la suposicion de que tiene quien la sostenga; porque lo necesario para el obrero ha de salir de alguna parte, y preciso es que lo reciba, en forma de limosna, si no como salario.

La concurrencia, te dicen, esa es la que arregla el precio de los salarios como el de todas las cosas; cuando hay muchos trabajadores y poco trabajo, los jornales bajan, y viceversa. Seguramente que la concurrencia es mucho, pero no es todo, y está limitada, tanto para subir como para bajar los jornales, por otras leyes. Figúrate que hay en Madrid 300.000 personas que quieren llevar zapatos, y que no hay mas que 30 zapateros; van á dar la ley, su boca es medida, y no quieren hacer un par de zapatos menos de mil duros. Posible es que haya alguno que los pague, como se pagan los diamantes, y con mas razon, porque son de mayor utilidad; pero el número de los que quieren y puedan dar 20.000 rs. por un par de zapatos será muy corto, y los mas se ingeniarán buscando otro medio de calzarse, ó aprendiendo á fabricarse su calzado ellos mismos. Ya ves que el jornal por arriba, aunque no haya concurrencia, tiene el límite de la imposibilidad de vender los productos del trabajo cuando resultan escesivamente caros.

Ahora, imagina que sucede todo lo contrario; que hay en Madrid 30.000 peones de albañil, y solo 3 obras; los dueños pagan á dos cuartos cada dia de trabajo. Como no es posible, que, no ya una familia sino un hombre, se procure el necesario sustento con tan corta cantidad, no habrá quien acepte la proposicion. Si por acaso hubiere alguno, necesario es que reciba, segun te he dicho, como socorro el minimum necesario que se le ha negado como jornal; lo cual quiere decir que, sin concurrencia ó con ella, la sociedad necesita mantener á sus trabajadores, y que hay un límite al poder de la concurrencia, tanto en el máximo como en el minimum de los salarios.

Para este minimum influye la opinion que se tiene de las necesidades, y para esta opinion la simpatía y el aprecio que inspira el obrero. Mira, por ejemplo, lo que sucede con los abogados: el número es excesivo, hay una gran concurrencia, muchísimos se quedan sin trabajo, pero la retribucion no baja proporcionalmente; nunca se paga á un abogado como á un albañil, segun las leyes de la concurrencia si no estuvieran modificadas por otras. ¿Por qué? Porque aun cuando multitud de manos se disputen la obra, no es posible al pagarla prescindir enteramente de la calidad del obrero, de su valor moral é intelectual; y cualquiera que sea su número, nunca se pagará el informe de un letrado como el viaje de un mozo de cordel. Ya ves aquí otra modificacion de la ley de la concurrencia.

De todo lo dicho y de mucho mas que pudiera decirte, se deduce, que una de las cosas que influyen en el precio del trabajo es la idea que se tiene del obrero, de su valer y de sus necesidades. Cuando era esclavo se le trataba casi como á una bestia; hoy empieza á tratársele como á un sér racional, se habla de instruirle, de reducir sus horas de trabajo, de prohibir el de sus hijos hasta cierta edad, etc., etc. Un dia llegará, dia bendito que Dios apresure, en que se reconocerá como una de sus necesidades la de cultivar su inteligencia, la de elevar su espíritu, la de afirmar sus creencias religiosas, la de reposar de los trabajos corporales con la comunicacion de otros espíritus que contribuyan á levantar el suyo, asociando las altas ideas, en vez de asociar los bajos instintos.

Para apresurar la venida de ese hermoso dia, es preciso que trabajemos todos, tú, los demás y yo. Es preciso que procuremos y procures instruirte, moralizarte, crecer en inteligencia, dignidad; y está seguro, que cuando valgas mas, te pagarán mejor. Esto, como te he indicado, por una tendencia moral irresistible, y además, porque entonces podrás utilizar un gran medio, la asociacion, de cuyos beneficios para aumentar el producto de tu trabajo, te hablaré otro dia.

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN ACCION.

Leal.

En una fria y lluviosa mañana del mes de marzo de 1868, pasaba un joven por el *boulevard* Sebastopol de París, tarareando negligentemente una cancion.

Era un muchacho de veintiseis años, tipo artístico, fisonomía abierta, mirada franca, cabellos negros, sonrisa dulce y llena de inteligencia.

Un paletó-saco azul oscuro, dejaba completa libertad á sus vivos movimientos, y caia no sin gracia sobre un ancho pantalon negro por debajo del cual salian dos pequeñas botas finas, todavía muy relucientes á pesar de la inclemencia del tiempo.

Una camisa blanca muy fina y una gorra de terciopelo negro, completaban su traje, que llevaba con una desenvoltura llena de naturalidad.

El cielo, llorando sin cesar sobre la calzada de macadan, habia hecho de ella una cloaca.

Al llegar á la altura de la calle de los Lombardos, el joven se detuvo descubriéndose respetuosamente.

Un sombrío ataúd, pobre y desnudo como la mas repugnante miseria, desembocaba lentamente de esta calle para atravesar el *boulevard*.

Sobre el paño raído y descolorido que cubria la caja, no habia una flor, ni una señal de recuerdo.

Solo, con la mirada triste, la cabeza baja y enlodado hasta medio cuerpo, seguia el cortejo, tristemente, un perro con actitud profundamente desolada.

A este espectáculo desgarrador, el joven palideció: sus facciones se contrajeron, y murmuró dolorosamente:

—¡Pensar que ni un cristiano ha sido capaz de seguir el ejemplo de este perro!.... ¡Qué siglo, Dios mio! ¡Bah! Voy á seguir á ese pobre abandonado; no se dirá que lo entierran sin una oracion.

Y el mancebo, despues de haber introducido su gorra en el bolsillo del paletó, se lanzó, despreciando sus botas delgadas, en medio del macadan, para ocupar un sitio al lado del fiel y último amigo del muerto.

El perro, sin detenerse, volvió dulcemente la cabeza, y fijó una mirada llena de admiración en el recién venido.

¿Qué leyó su mirada? ¿Qué comprendió su instinto durante este rápido y mudo exámen? ¡Nadie lo sabe! Lo cierto es que el pobre animal retrocedió dos pasos, y se colocó en seguida junto al joven, al que dirigía de vez en cuando dulces miradas.

Así llegaron al cementerio. Una vez allí, dos sepultureros con traza avinada y burlona, cojieron brutalmente el ataúd, lo colocaron sobre sus hombros y se dirigieron á la fosa comun, maldiciendo la lluvia y el mal cuidado camino que tenían que atravesar para llegar á ella.

A la orilla de este espantoso agujero negro, rodeado de tierra removida, el perro se detuvo, se retorció, estiró sus patas, y levantando su cabeza al cielo, lanzó un largo y lúgubre ahullido.

A este grito, el joven, ya profundamente conmovido por el aspecto desolador de este rincón de tierra, sintió un horrible estremecimiento, é impelido por su corazón exclamó:

—Deteneos! esto es horroroso!.... No hay medio de poner ese cuerpo en otro sitio que ahí?

Y con mano temblorosa designaba la fosa profunda en que justos y perversos son arrojados, mezclados con gran desesperación de los desdichados que los sobreviven, y no tienen un óbolo para comprar una pequeña parte de esta tierra que Dios hizo para todos.

Los sepultureros levantaron la cabeza.

—Phs! murmuró uno de ellos; aquí ó en otra parte, es lo mismo.

El otro, olfateando una ganancia metálica, dijo:

—Si quereis pagarle una sepultura, se le puede enterrar en ella.... aunque este individuo no tiene traza....

—Está bien! interrumpió vivamente el joven, esperadme, voy á hablar al guarda.

La caja fué depositada en el suelo, y los dos sepultureros, cansados sin duda, se sentaron encima de ella con una filosófica despreocupación.

El perro, que se habia callado un momento, siguió con la mirada al jóven, á quien vió desaparecer bien pronto detrás de los arbustos espesos que adornaban las tumbas bien cuidadas del cementerio. Solo entonces, creyendo los restos de su amo completamente abandonados, comenzó de nuevo á ahullar, y fué á posar su cabeza llena de lágrimas sobre el ataúd, sin ocuparse de los sepultureros, que en vano trataban de alejarle de allí.

Una hora mas tarde, la triste ceremonia habia terminado; pero

el pobre muerto reposaba en seis piés de tierra adornados con una cruz negra.

Despues de haber encomendado á Dios el alma del muerto, el joven se levantó y llamó al perro.

—Vamos, ven, le dijo, pasando dulcemente sobre su cabeza húmeda, una mano fina y nerviosa; ¡no hemos perdido el dia! Ven, mi pobre amigo, tu fidelidad ha hallado recompensa..... Ven, yo te adopto, y algunas veces vendremos á visitar á tu antiguo amo, te lo prometo.

Como si hubiera comprendido el sentido de estas palabras, el perro levantó la cabeza, su inteligente mirada se animó, dió alegremente un salto, y despues de haber lamido la mano que lo acariciaba, se echó á andar con paso decidido.

El amo y el perro volvieron á tomar el camino del *boulevard Sebastopol*.

Durante este tiempo, diremos una palabra sobre el héroe de esta verídica historia.

Este joven, que no designaremos sino bajo el seudónimo de Leon Varens, es un pintor de talento demasiado conocido, para que nos sea permitido obrar de otro modo sin ofender su modestia.

Huérfano de padre y madre hace algunos años, Leon ha seguido la carrera artística, á cuya cúspide habia llegado su padre mucho tiempo antes de su muerte.

Educado hasta los 18 años por una madre religiosa y dulce, Leon habia conservado puro su corazon en este centro de costumbres, con demasiada frecuencia licenciosas, que se llama en París la vida artística. Alegre, franco, entusiasta de lo bello y de lo grande en cualquier parte en que los encontrase, el jóven habia tenido el talento (cosa rara) de permanecer siempre como su madre lo habia hecho: bueno, sencillo y honrado.

Viviendo solo, Leon trabajaba, á despecho de muchas gentes, que sabiendo que era rico se burlaban de esta costumbre, sin sospechar que era ella precisamente la que le habia salvado de las tentaciones acumuladas bajo los pasos de todo artista rico, joven y de buena figura.

Jamás el fastidio, esa devorante llaga del artista sin fe ni energía, habia osado penetrar en este interior; de donde hubiera huido arrojado por los dulces y preciados recuerdos dejados por una madre adorada, y las espléndidas obras de arte de un padre, objeto de orgullo para este hijo respetuoso, que las veneraba como un ejemplo de gloria que aspiraba á conquistar.

Volvamos á nuestros dos buenos amigos, que dejamos en camino para volver á ganar el *boulevard* Sebastopol, donde se encuentra la morada de Leon.

Habian caminado lentamente; el tiempo variable, como de primavera, se habia aclarado, y el sol salpicaba de alegres estrellas los cristales de las tiendas y los charcos del *boulevard*.

Al llegar á la esquina de la calle de los Osos, delante de una alta casa de sombría apariencia, el perro se detuvo.

—¿Qué, no vienes? dijo Leon desandando unos cuantos pasos, despues de haber silbado y llamado al perro en vano. Vamos, vamos, ¡aún no hemos llegado á nuestra casa!

Pero el perro, sin escucharle, aunque sin perderlo de vista, iba y venia con paso inquieto, entrando en el portal oscuro de aquella casa, para volver á salir al momento y ladrar de una manera provocativa alrededor de su nuevo amo.

—Es singular, se decia este. ¿Qué tiene este animal? ¡Despues de haberme seguido tan bien!.... pero..... ahora recuerdo; es aquí, poco mas ó menos, donde lo encontré..... Tal vez es esta la casa del que yo reemplazo..... Veamos.....

Y siguió al perro, que esta vez, sin vacilar, se lanzó ligeramente á una negra y tortuosa escalera.

Pero bien pronto el animal se apercibió de que era imposible á Leon, á pesar de su buena voluntad, ejecutar semejante ascension con tanta destreza como él. Entonces, deteniéndose en cada piso, meneaba la cola en señal de alegría, despues prorumpia en pequeños y alegres ahullidos, pareciendo querer así aumentar el valor del que le seguia; en seguida emprendia otra vez su marcha, para volver á empezar sus demostraciones en el piso superior.

En el sexto, al fin, se detuvo. Estaban en un sombrío corredor, donde habia dos puertas, una enfrente de la otra.

Una de ellas, empujada vivamente por el hocico del perro, descubrió á los ojos del pintor un cuadro horroroso.

Sobre un jergon cubierto de harapos, una anciana estenuada y lívida, parecia entregada á las últimas convulsiones de la agonía, mientras que junto á ella, un niño de 10 años sollozaba arrodillado.

En el fondo del cuarto, iluminado por un alegre rayo de sol que penetraba por una claraboya, yacia en tierra un monton de paja esparcida, que conservaba todavía la huella de un cuerpo humano.

Sobre una mala mesa coja, cubierta con un paño blanco, se levantaba, delante de una imágen de la Virgen, un Crucifijo de metal, rodeado de vasos llenos de flores artificiales y de dos candeleros, donde humeaba todavía un resto de pábilo en cera amarilla.

Ni un mueble!.... nada!.... nada mas que algunos harapos colgados aquí y allí por las paredes de este cuarto miserable.

De un brinco, á su entrada, el perro se habia lanzado hácia el niño y lo devoraba á caricias, mientras que éste último, colgándose de su cuello, sollozaba en la efusion de una profunda desolacion.

—Ah! Leal!.... todo se acabó! Dios quiere tambien llevarse á mi abuelita!.... Nos vamos á quedar solos enteramente! Ella lo ha dicho!.... tambien nosotros vamos á tener que morir!....

—No, no ciertamente! no morirás, querido niño, interrumpió Leon con voz alterada por la emocion; estamos aquí tu amigo Leal y yo para impedirlo.

El niño, cortado con esta interrupcion, se habia levantado y retrocedido dos pasos al apercibir por primera vez á Leon, en el cual fijó dos grandes ojos negros, brillantes de lágrimas.

A esta voz desconocida, la enferma levantó lentamente la cabeza, y su mirada inquieta anduvo errante desde aquel estraño hasta su nieto, sin que su voz debilitada pudiera hacerse comprender.

Leon se acercó, é inclinándose sobre ella dijo con dulzura:

—¿Podeis oirme sin fatigaros?... Estad tranquila, en todo caso, yo os traigo la esperanza.

Por los ojos de la anciana cruzó un relampago de alegría; sonrió á su nieto, y luego, exhalando un suspiro de sufrimiento, hizo un esfuerzo sobrehumano, y murmuró:

—Hablad, hablad!.... pero..... ¿quién os envia?....

Leon estendió la mano hácia el Cristo colocado sobre la mesa, y dijo con tono solemne:

—El que no olvida nada, porque, ya lo veis, *por El*, la Providencia velaba por vuestro hijo.

Entonces, permaneciendo caritativamente inclinado sobre aquel miserable lecho, el joven contó su encuentro con el perro, el interés que el pobre animal le habia inspirado, y lo demás que habia sucedido.

A esta narracion, hecha toda en alabanza de Leal, un relámpago de vida habia animado á la anciana.

—Ah! gracias, caballero!.... mi pobre marido ha tenido una oracion!.... Yo os bendigo!

Y con su mano fria intentó estrechar la del artista, que correspondió desde el fondo de su alma á este arranque de agradecimiento.

—No os fatiguis, le dijo con dulzura. Decidme solamente lo que puedo hacer por vos.

A los labios de la enferma asomó una pálida sonrisa, reprimida al momento por una contraccion dolorosa.

—Por mí, ya nada! murmuró con voz apenas distinta; pero... por él, todo!.... va á quedar solo en el mundo!....

Y su mirada, ya velada, se tornó desolada hácia el niño que lloraba en un rincón.

Esta vista pareció hacer refluir al corazón de la abuela un último resto de la sangre generosa que había debido animarlo en otro tiempo; un tinte menos lívido se extendió sobre sus mejillas arrugadas, y sus brazos desfallecidos se extendieron en un último esfuerzo de amor maternal, mientras que el pequeño se precipitaba en ellos redoblando sus sollozos.

—Hijo mío!.... mi alegría!.... voy á partir!.... Dios mío, tened piedad de él! Articuló con voz estertórea la moribunda, acometida ya por la agonía.

Leon, en el colmo de la emoción, hizo ponerse al niño de rodillas junto á aquel lecho de muerte, y extendiendo la mano sobre su cabeza, se volvió hácia la abuela.

—Podeis morir en paz, le dijo con tono solemne, os juro ser el protector de vuestro nieto.

Un rayo de quietud divina vino á reflejarse en la frente de la anciana, cuya mirada se iluminó durante algunos segundos. No pudiendo hablar ya, posó sus manos temblorosas sobre dos cabezas piadosamente inclinadas, que se levantaron bien pronto iluminadas por la bendición de Dios y la del alma que Él acababa de arrebatarse á la tierra.

Ahora, á aquel de nuestros lectores que pregunte el nombre de nuestro héroe, le diremos: «Consultad el cuadro de las medallas de honor del Salón de 1870.»

Hubo en él ese año un cuadro (una obra de arte) que representaba un rico estudio de pintor, donde un niño de doce á trece años, sonrosado, fresco, vestido con coquetería, sonríe á su maestro, ante cuyas miradas bosqueja ya con atrevimiento, un modelo que está echado con beatitud sobre un cojín de terciopelo.

Este niño es el hijo adoptivo de Leon, y su mejor discípulo.

Este modelo es nuestro amigo Leal, Leal sedoso, peinado, limpio, desconocido en lo físico, pero felizmente siempre el mismo en lo moral.

Inútil es decir más. Leon ha firmado su obra!.... no nos corresponde levantar más el velo de su modestia.

(Traducido por P. T. y M.)